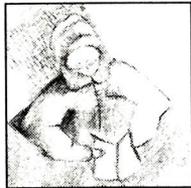


# **Del proyecto urbano al proyecto de ciudad**

---

**François Tomas\***

*Universidad de Saint -Etienne*



A principio de los años setenta, todas las grandes ciudades francesas elaboraron, en cumplimiento con la *Loi d'Orientation Foncière* (Ley de Orientación Territorial) del 31 de diciembre de 1967, un *Schéma Directeur d'Aménagement et d'Urbanisme* (SDAU) (Esquema Director de Ordenación y Urbanismo). Estos esquemas tenían el propósito de definir las grandes líneas de la ordenación urbana hasta el año 2000, y parecían confirmar el triunfo definitivo de un urbanismo funcionalista, concebido, más que nunca, como una ciencia. De hecho, aun cuando el hundimiento de esta modernidad arquitectónica y urbanística no fue tan espectacularmente brutal como hubiera deseado la célebre broma de Charles Jencks —quien constató su muerte el 15 de julio de 1972 a las 15 horas y 32 minutos (o algo así), en una ciudad del centro de los Estados Unidos, cuando por primera vez se utilizó dinamita para destruir inmuebles modernos—, bastaron algunos meses entre 1973 y 1975 para que en Francia la crisis económica paralizara el mercado inmobiliario y cuestionara todos los modelos de ordenación anteriormente célebres.

En el caso particular de Saint-Étienne<sup>1</sup> el cambio se produjo en 1977 y tienen relación con dos hechos convergentes. En primer lugar, el movimiento urbano-popular que, como en las demás ciudades francesas, se alimentó simultáneamente de la experiencia boloñesa y de los análisis marxistas de la Escuela de Sociología Urbana de París;

\* Profesor de la Universidad de Saint-Etienne. Una primera versión de este texto apareció en mayo de 1991 (cf. Rafael López Rangel y François Tomas, coord., *La ciudad y su diseño*, IFAU/UAM-A, México, 1993); luego fue retomada en Lyon, en marzo de 1994 y en Bordeaux, en marzo de 1995. Traducción de Adriana Sandoval.

1. Saint-Etienne fue la primera ciudad industrial de Francia que entró a un proceso de reconversión permanente, después de un siglo. Hoy en día es una ciudad de 200 000 habitantes en el centro de una aglomeración que reúne al doble de personas. Pese a las actividades diversificadas, ha perdido una buena parte de su autonomía económica, aunque desempeña el papel de un relevo terciario al oeste de Lyon, a 55 kilómetros de distancia.

pero también, del viraje del gobierno conservador que interrumpió las grandes operaciones de vivienda social y la prioridad otorgada a la rehabilitación de formas urbanas heredadas, ya fueran antiguas (Operaciones Programadas de Mejoramiento del Habitat: OPAH) o recientes (Operaciones Habitat y Vida Social: HVS). El equipo de izquierda, con un alcalde comunista, que ganó las elecciones municipales de 1977, no interrumpió un urbanismo hasta hacía poco tiempo agresivamente funcionalista, en la medida en que ya había sido abandonado desde 1974, debido a la crisis económica.

Si esta política pudo, en cambio, sustituir rápidamente (desde fines de 1977) a otra, fue porque había sido previamente elogiada por universitarios que colaboraban con urbanistas. Esta nueva política daba prioridad a la rehabilitación de los antiguos barrios y de los terrenos industriales abandonados, así como a la reestructuración de los grandes conjuntos de vivienda social —en particular en las Zonas a Urbanizar en Prioridad (ZUP) y en las Zonas de Ordenamiento Concertado (ZAC). La reordenación de una parte de la ZUP de Montreynaud (barrio Saint-Saëns), a cargo del urbanista Michel Steinebach y el arquitecto Christian Devillers, se convirtió en un ejemplo paradigmático de esta nueva política. A ello se añadía la convicción de que la ciudad, producto de la historia, yuxtaponía barrios distintos y que había que actuar en consecuencia, tanto a nivel político (establecimiento de comités de barrios) como en el del ordenamiento.

En este contexto, a través del intercambio de reflexiones y experiencias con otros responsables de la política y técnicos urbanistas franceses, en

coloquios o reuniones de agencias urbanistas o sociedades de economía mixta (SEM), aparecieron y se afirmaron nuevas formas de ordenación de la ciudad. En 1978, cuando un grupo de arquitectos y filósofos reunidos en Bruselas proclamaron una Declaración,<sup>2</sup> donde se afirmaba que había que prohibir el urbanismo que había destruido a las ciudades europeas, en realidad éste ya estaba moribundo, al punto de dejar progresivamente el lugar a prácticas alternativas que deberían reunirse bajo el término de proyecto urbano.

Mi primera afirmación, entonces, es que se trata de un concepto reciente, originado, es cierto, en Italia, desde los años sesenta, debido al trabajo de algunos historiadores de la arquitectura y la política urbana de algunos funcionarios electos del partido comunista, pero cuya identificación específica no se llevó a cabo en Francia sino a partir de los años setenta. En cuanto a la paternidad de este concepto, sé únicamente que se desarrolló primero como una práctica opuesta al urbanismo funcionalista, sobre todo una vez que éste justificó proyectos de renovación-*bulldozer*, con la expulsión de familias de ingresos modestos, y que el éxito del término que la designa se explica por el uso general espontáneo entre los técnicos y los responsables políticos de las agencias de urbanismo y de las sociedades francesas de economía mixta.

Como no se trata de un neologismo acuñado, cuyo autor nos lo haya entregado junto con su modo de empleo, ello nos explica, primero, porque el contenido de este concepto siempre ha sido un poco vago, dejando un buen margen de interpretación a quienes lo utilizan. En su calidad de práctica nueva, debió llegar a Francia a principio de los años setenta, por el relevo de Grenoble, pero nadie parece haberse percatado de la aparición

2. J. Barey, *Propos sur la reconstruction de la ville européenne: la déclaration de Bruxelles*, Archivo de Arquitectura Moderna, Bruselas, 1980.

misma del término. Por mi parte, puedo decir que escuché por primera vez el término a finales de 1977, durante una reunión de trabajo entre especialistas del urbanismo, y que su uso ya era generalizado en Francia antes de fines de los años ochenta.<sup>3</sup>

Desde hace un poco más de quince años, a partir de este concepto se determinaron las políticas de ordenamiento de las ciudades, no sólo en Francia, sino en Europa y en la mayor parte de los demás continentes. Por ello, no puedo sino lamentar su ausencia en el *Dictionnaire de l'urbanisme et de l'aménagement*.<sup>4</sup>

### Aparición y afirmación del proyecto urbano

Si tomamos en cuenta las condiciones en las que apareció el proyecto urbano, intentaré, más que proponer una definición que no sería sino reductora, subrayar los rasgos determinantes que me parecen haber caracterizado este desarrollo, en el curso de sus primeros años (entre 1977 y 1983).

1. Hay que empezar, ciertamente, con el hecho de que el proyecto urbano se presentó desde el inicio como la expresión de una voluntad política de la sociedad y no como el producto de una reflexión seudocientífica. En Francia, otra operación emblemática de este nuevo enfoque fue la de Alma-Gare en Roubaix, donde las asociaciones de los vecinos, apoyadas por profesionistas de la ordenación y militantes políticos (que algunas veces coincidían en las mismas personas), lograron

que los responsables municipales abandonaran sus proyectos modernos de renovación—*bulldozer* y los sustituyeran con proyectos de renovación de las vecindades tradicionales,<sup>5</sup> conservando a las familias pobres que vivían en esos lugares.

Al mismo tiempo, y de manera sintomáticamente paralela, los habitantes de los barrios populares que rodeaban el centro histórico de México se embarcaron en un combate que justificaba la concientización:<sup>6</sup> la toma de conciencia, gracias a investigadores y jesuitas (que algunas veces eran las mismas personas), quienes conocían los trabajos de los sociólogos marxistas franceses, de que los proyectos de renovación—*bulldozer* de los poderes públicos buscaban favorecer a los intereses de los propietarios y de los promotores, al mismo tiempo que intentaban modernizar la ciudad, y que era posible hacerlos fracasar, si se organizaban y presentaban proyectos alternativos. Es así como, en colaboración con los arquitectos (maestros y estudiantes del taller 7 autogobierno<sup>7</sup> de la UNAM) y artistas (el grupo Arte-Acá), los militantes y políticos de Tepito presentaron un proyecto de rehabilitación del conjunto del barrio y del tipo de habitat, la vecindad,<sup>8</sup> de las que se conformaba, este proyecto fue merecedor de un primer premio en el Congreso Internacional de Arquitectura en Varsovia en 1981.<sup>9</sup>

Poco importa, en definitiva, que el término de proyecto urbano (que no ingresó al vocabulario de los arquitectos mexicanos sino hasta fines de

3. Los primeros artículos sobre el proyecto urbano se deben, según mi información, a Christian Devillers. Véase la lista en Christian Devillers, "Le projet urbain", en *Conférences Paris d'architectes*, Pavillon de l'Arsenal, *Les mini PA*, Paris, pp. 11-47, 1994.

4. François Choay, Pierre Merlin, *Dictionnaire de l'urbanisme et de l'aménagement*, PUF, Paris, 1988.

5. Collectif Roubaix Alma-Gare *Lutte urbaine et architecture*, ed.

de l'Atelier l'Art Urbain, Roubaix, 1982, 167 pp.

6. N. de la T. en español en el original.

7. *Ibid.*

8. *Ibid.*

9. F. Tomas, "Quartier centraux et stratégies socio-spatiales à Mexico", en *Revue de Géographie de Lyon*, 1988, num. 1, pp. 55-68.

los años ochenta) no haya sido utilizado, o que su concreción no haya intervenido sino parcialmente diez años más tarde, después del sismo del 19 de septiembre de 1985, cuando los poderes públicos se reunieron y obtuvieron créditos del Banco Mundial para su realización. Poco importa, igualmente, que las demandas de los habitantes hayan llevado, en oposición a un modelo cultural, que en el caso de Roubaix como el de México, simbolizaran un cierto tipo de segregación socio-espacial. Lo que cuenta, de hecho, es que el poder político, respaldado por la ciencia de los urbanistas, haya renunciado a imponer sus modelos de ordenación y aceptado tomar en cuenta las propuestas alternativas de los habitantes.

Para ser plenamente la expresión de una voluntad política de la sociedad, el proyecto urbano debe, en efecto, ser elaborado y puesto en marcha, en concertación. Lo cual quiere decir que en él deben participar el conjunto de los actores urbanos interesados, ya se trate de responsables políticos, técnicos (arquitectos, urbanistas, geógrafos, sociólogos o economistas...) o asociaciones de habitantes.<sup>10</sup> Fruto de una convergencia o de un compromiso laborioso, el proyecto urbano es, casi siempre, relativo y específico, su valor posible de ejemplo incide más sobre el método que sobre la naturaleza de la ordenación misma.

2. Contrariamente al urbanismo funcionalista que yuxtapone zonas homogéneas —algunas veces sustituyéndolas, según el principio de la *tabula rasa*—, a las fuerzas urbanas heredadas, el proyecto urbano es respetuoso de la historia que se

propone perseguir. Preocupados por la memoria de las ciudades, tanto en sus particularidades como en las características generales que acercan entre sí a algunas de ellas, el proyecto no puede concebirse, entonces, sino a partir de una percepción de las formas que, a través de la historia, han contribuido a su construcción: trazado, naturaleza de las manzanas y del catastro parcelario, tipos de edificio, volumetría, materiales, estilo arquitectónico, relaciones con un lugar, presencia —en el sentido de Aldo Rossi— de los elementos singulares,<sup>11</sup> etcétera. Si esto ha llevado a quienes sostienen el proyecto urbano a rechazar la autonomía del inmueble, al menos en el interior de un tejido urbano tradicional, que conlleva el riesgo de destruir la malla, también debe reconocerse que no todos comparten las mismas opciones.

Para algunos, en particular aquellos que se colocan bajo la bandera del post-modernismo, toda intervención sobre la ciudad debe respetar primero los paisajes, ya sea al precio de la imitación de los estilos del pasado.<sup>12</sup> Otros, por el contrario, piensan que el respeto al pasado se conjuga bien con el derecho a la creación y la innovación. En efecto, la crisis ha dado la oportunidad de cuestionamientos en torno a las razones que han llevado a la modernidad arquitectónica de las *avant-gardes* a dejar el lugar a la modernidad oficial y pervertida de los Gloriosos Treinta; y por ello, a desear, más allá de lo que se considera como un paréntesis desastroso, reanudar las experiencias interrumpidas de los años treinta. Apoyándose sobre operaciones espectaculares, como las "es-

10. Se observará, en este punto, una crítica de Christian Deviller a lo que califica "forma ilusoria de la democracia", en *Le projet urbain*, op. cit., p. 23

11. Aldo Rossi, *L'Architettura delle Città*, Padua, 1966

12. Pablo Portoghesi, *Dopo l'Architettura Moderna*, Roma, 1980

trellas" de Jean Renaudie, en particular aquellas que se conocía sintomáticamente bajo el nombre de *Vieux Givors*, y respaldada por la exposición manifiesta de la "Modernidad, un proyecto inconcluso",<sup>13</sup> ha sido una orientación afirmada enérgicamente en Francia.

3. En todo caso, fue la reflexión sobre la naturaleza de las intervenciones contemporáneas en una ciudad, presentadas frecuentemente como una condensación de la historia, lo que dio como resultado un replanteamiento del concepto del monumento histórico y de la práctica de la restauración inmobiliaria. De esta relectura de un concepto que ha desempeñado un papel esencial en la historia contemporánea (es decir, después de 1789) de nuestros paisajes, en particular los urbanos, se desprenden al menos dos series de consecuencias.

Primero, el reconocimiento de la heterogeneidad estilística de varios edificios históricos, empezando por el Louvre, para justificar las intervenciones "modernas" en los ámbitos del pasado: las columnas de Buren o la pirámide de Pei, para citar sólo dos de las obras más conocidas.

Pero sobre todo, al menos en lo que nos concierne, el surgimiento de la noción de rehabilitación para expresar, simultáneamente, la preservación de un paisaje urbano heredado, elevado al rango de patrimonio, con el cual se identifica una parte más o menos importante de la población, y su renovación para hacerla compatible con la evolución de la sociedad, sin quedar, por tanto, bajo el control minucioso y sobre todo exclusivo de los arquitectos de los edificios de Francia (ABF). Después de la rica experiencia de los OPAH, gran parte de cuyo trabajo se realizó como verdaderos proyectos urbanos en los barrios cuya calidad patrimonial no había sido reconocida más que por sus propios habitantes —debido a este tipo de intervención,

Saint-Etienne o Lyon tomaron conciencia de la originalidad y el valor del habitat de los pasamaneros o de los sederos—; la de las ZPPAUP (Zona de Protección del Patrimonio Arquitectónico, Urbano y de Paisaje) se esfuerza por tomar el relevo en los conjuntos que, al tiempo que se reconoce como excepcionales, no han quedado sometidos a las limitaciones de los Sectores Salvaguardados, instituidos por la ley Malraux del 2 de agosto de 1962. Ciertamente, la ZPPAUP reanima, de la misma manera que el Plan de Ocupación de los Suelos (POS), el urbanismo de previsión y no el operativo; el proceso de concertación que conlleva (tanto entre los representantes del Estado y del poder local, como entre las asociaciones y los profesionales de la historia y del urbanismo) a menudo es de una riqueza y calidad tales, que empuja a los actores urbanos a comprometerse algunas veces más rápidamente de lo que habían contemplado los trabajos de reordenación.

4. Si la primera característica de la rehabilitación consiste, aun cuando sea con más flexibilidad que dentro de la restauración inmobiliaria, en una preservación de los paisajes heredados, una segunda, no menos esencial, supone la reactivación, puesto que toma de la tradición histórica, de la mezcla funcional. Se sabe que esta última, particularmente viva en todas las ciudades del sur de Francia, como en los alrededores del Mediterráneo, ha sido maltratada durante decenios de establecimiento de zonas funcionalistas. Se debe reconocer, además, que, frente a este problema, los actores urbanos estaban lejos de presentar una posición común. En numerosas operaciones llevadas a cabo en los centros de las ciudades, puede constatarse que, aun si poseen la mayor parte de

13. Collectif *La modernité, un projet inachevé*, ed. du Moniteur, Paris, 1982, 143 pp.

las características del proyecto urbano, han privilegiado el legrado de los corazones de los islotes, para extirpar las actividades que se desarrollaban ahí y construir espacios semipúblicos de descanso o de juego. Lo que es nuevo, en todo caso, y que ha limitado esta tendencia, es el reconocimiento de los triunfos de este carácter mixto: para el equilibrio económico de la ciudad, ciertamente, pero también para el de la sociedad urbana en su conjunto.<sup>14</sup>

Lo más curioso, tal vez, es que esta nueva percepción de la estructura y del funcionamiento de un islote ha desempeñado un papel, incluyendo el caso de los islotes del Ensanche de Barcelona. Se sabe que, siguiendo una tesis admitida generalmente, los catalanes han sido acusados, por especulación, de haber densificado y cerrado los islotes que Ildelfonso Cerdá había concebido como abiertos y transitables. Esta fue la justificación, en todos los casos, de los esfuerzos recientes de la Municipalidad para adquirir las parcelas de algunos corazones de islotes y reotorgarles su función "original". Sin embargo, si ello nos permite disponer a partir de entonces de algunos ejemplos interesantes de islotes abiertos, el movimiento disminuyó rápidamente su velocidad. El costo financiero ciertamente ha jugado un papel en esto, pero es posible que también haya incidido la toma de conciencia de que la saturación de los islotes con diversas funciones correspondería también a una concepción fuertemente anclada en la memoria de lo que debía ser la ciudad.

5. Esta misma evolución se encuentra en el origen del desarrollo de otra práctica que se ha que-

rido identificar igualmente con un término nuevo, que apareció, sintomáticamente, en el mismo momento y bajo las mismas condiciones que el proyecto urbano, a saber, el de la recalificación de los terrenos industriales abandonados. Si por terreno industrial abandonado se designa un terreno y un establecimiento que se degrada después de haber sido desatendido, se ve que el problema no es nuevo. Lo que sí lo es, es su súbita proliferación entre fines de la década de los setenta y mediados de los años ochenta cuando —bajo el doble efecto de la crisis económica y de la generalización de los documentos de planificación, que se esforzaron con frecuencia en preservar las zonas de actividad— varios paisajes quedaron marcados.

Frente a este nuevo reto, las ciudades afectadas reaccionaron de manera distinta, no tanto de una ciudad a otra, sino más bien en función de una reflexión colectiva que evolucionó muy rápidamente. Por mi parte, he rectificado ligeramente la dirección en un desarrollo que, sin subdividirse en otras etapas sistemáticas, se ha enriquecido y hecho más complejo a medida que pasa el tiempo.

Cuando el problema comenzó verdaderamente a plantearse a un nivel masivo, los responsables políticos intentaron primero buscar empresarios para restituir los empleos perdidos. Para acelerar el movimiento, algunos llegaron incluso a adquirir el terreno y los edificios, a fin de, con el tiempo, rentarlos o cederlos segmentados. Pero como la reconversión no se logró siempre tan rápidamente como se hubiera deseado, fue necesario plantear la pregunta de la calidad del producto disponible. Esto dio lugar en varias partes a algunos trabajos de remodelación o mejoras de la imagen, pero en algunos casos se resolvió destruir el conjunto de los edificios y sustituirlos por prados. Esta solución que se ha calificado de "preverdecimiento", retomó, de

14. Michel Steinebach, *La mixité urbaine dans les documents d'urbanisme*, Ministère de l'Équipement, du Logement et des Transports, Paris, 1993.

hecho, una experiencia de los años setenta en las zonas mineras e industriales de la Gran Bretaña y en Francia, igualmente, fueron sus homólogos quienes se vieron afectados. Ello permitió, en efecto, poner en reserva cientos, si no es que miles de hectáreas, al tiempo que se renovaban estos paisajes, cuya imagen había sido percibida muy negativamente (Lorraine, Norte, *Agglomération stéphanoise*).

Si estos dos tipos de intervenciones consideran los terrenos industriales abandonados como un síntoma de fracaso que había que hacer desaparecer, se advirtió, asimismo, que podría constituir una oportunidad interesante para reestructurar un espacio urbano. Y a partir de ahí, la historia de la recalificación de los terrenos industriales abandonados parece confundirse con la del proyecto urbano. En todo caso, a partir de estas condiciones se multiplicaron, desde principios de los años ochenta, las operaciones entre las que destacaría las del valle de Gier (en la *agglomération stéphanoise*), en la medida que dentro de los proyectos urbanos se sistematizó tomar en cuenta la dimensión económica.<sup>15</sup>

Esta dimensión se vuelve inseparable de la imagen percibida. Es en este último punto, relacionado con el progreso de la arqueología industrial y la multiplicación de los eco-museos, donde se observa una evolución espectacular. Al mismo tiempo, en efecto, que la noción de patrimonio se ha flexibilizado, como ya lo hice notar, se amplifica y revaloriza a los ojos, no solamente de los especialistas, sino en la opinión de los edificios que no se hubiera dudado en destruir. El resultado ha sido incluso mejor, puesto que algunos han sido elevados al rango de monumentos históricos. Desde ahí,

algunos de los terrenos industriales abandonados que presentan una arquitectura original, o al menos reconocida como tal, van a convertirse en sujetos de su propia reconversión. Partiendo de la investigación de funciones que sean merecedoras de arquitecturas cuya dignidad ha sido restaurada, los responsables políticos llegan incluso a invertir uno de los preceptos fundamentales de la arquitectura moderna: a partir de entonces la forma determinará la función. Una forma que no se dudará en utilizar, en innumerables proyectos urbanos, como un triunfo, es decir, un pivote, incluso si todos los terrenos industriales abandonados no tienen la calidad de la *Grande Halle* de Tony Garnier en Lyon.

Una etapa adicional se franquearía, finalmente, en Thiers (ciudad francesa especializada en la fabricación de cuchillos), cuando, después de meses de reflexión colectiva, se propuso la rehabilitación del Valle de la Fábricas. Este proyecto se inscribió, en efecto, en un desarrollo de revalorización, no solamente de edificios, sino de la historia de un saber hacer, con el fin de renovar su dinámica. La asociación de la creación artística con la producción industrial en un mismo proyecto urbano es de hecho el tema mismo de la identificación de los hombres en el espacio en el que viven, que se enriquece junto con ellos.

6. Este último ejemplo nos muestra también que el proyecto urbano corresponde siempre a un espacio vivido y percibido por los habitantes y que se aleja deliberadamente del enfoque panorámico, el del creador divino y su plan general. Este principio ha aprendido bien, en consecuencia, a revalorizar todos los espacios en los que se reco-

15. J. N. Blanc, G. Larmarand, E. Thomas y F. Tomas, "Traitement socio-économique de la friche industrielle" en *Mutations*

*économiques et requalifications territoriales*, CNRS/URA 260 et Creuset, 1990, pp. 169-204.

noce una asociación de habitantes y en el interior de los cuales se ha desarrollado una experiencia específica de participación, junto con los responsables políticos y los especialistas del ordenamiento urbano. Esta escala, que los geógrafos califican de grande (en general, el 1/2000 de los planes de ocupación del suelo) permite, en efecto, discusiones concretas, autoriza reflexiones como la que acabo de evocar en cuanto a la manera en que los ciudadanos se identifican con un lugar; muestra incluso lo absurdo de la disociación que prevalece desde entonces entre la concepción de un edificio (arquitectura) y el devenir de una porción de la ciudad (urbanismo). El objeto arquitectónico pierde su estatuto de autonomía y refuerza, por el contrario, su condición de elemento en esta combinación que es el paisaje urbano; la separación de las disciplinas pierde, al menos en las operaciones concretas, su pertinencia. El proyecto urbano es, ciertamente, asunto de los arquitectos, en la medida en que aceptan ver más allá del edificio que conciben y construyen, pero concierne también a todos los especialistas del ordenamiento urbano —a quienes se califica siempre de urbanistas, incluso si el urbanismo en cuanto tal ha dejado de ser considerado como una ciencia—, siempre y cuando, más allá del diseño, se preocupen también por el de la ciudad.

7. Es en esta escala, en todo caso, en la que los barceloneses revelaron el papel determinante de la ordenación de los espacios públicos. Ciertamente, las ciudades españolas tendrían que esperar las elecciones municipales de 1979 para reencontrar una gestión democrática y romper totalmente con cuarenta años de dictadura franquista. Si éste empezó, como el nazismo, por rechazar la modernidad arquitectónica y urbana, a partir de los años sesenta, se rehizo. Al menos, como en el resto de

Europa, bajo una forma corrompida, donde los grupos bancarios interesados en el urbanismo se convirtieron en promotores hasta mediados de los años setenta. A partir de entonces, los financieros se retiraron y el urbanismo funcionalista entró en plena crisis en las ciudades españolas, al igual que en el resto de Europa.

Dicho de otra manera, como sucedió en Saint-Etienne, la nueva municipalidad barcelonesa de izquierda, con un alcalde socialista, no tuvo que interrumpir una política urbana que ya había estado bloqueada desde hacía meses. Pero también en ese caso la municipalidad trajo consigo un proyecto madurado durante años, a partir de las reflexiones de los universitarios y de los trabajos pedagógicos de la Escuela de Arquitectura. Como en Saint-Etienne, fue a un universitario a quien se le confió la responsabilidad política de la ordenación de la ciudad; pero ahí, al menos, hubo el atrevimiento de reorganizar los servicios técnicos municipales y se dio la dirección del urbanismo al arquitecto Oriol Bohigas.

Bohigas, quien reivindicaba una "ciudad por fragmentos", se propuso "reconstruirla a partir de sus huecos", siguiendo una fórmula afortunada que se le debe. Así se lanzaron "cien proyectos" que presentan todas las características que ya he mencionado. Siempre, con una dimensión adicional: la voluntad sistemática de estructurar el espacio urbano, aun cuando los ingenieros consideraran que su tarea principal era ocuparse primero de los servicios de vialidad y de circulación, como un espacio público cuya composición debe ser confiada a un arquitecto. Fue ahí donde los arquitectos catalanes (profesores y exalumnos de la Escuela de Arquitectura) pudieron ofrecer la medida plena de su espíritu creativo. Múltiples publicaciones insertas en revistas especializadas o financiadas por la

alcaldía,<sup>16</sup> fueron las encargadas de publicitar el proyecto en el mundo entero.

### Del proyecto urbano al proyecto de ciudad

Bajo el término general y a partir de ese momento genérico de proyecto urbano, se reagrupa entonces una serie de temas que, de manera aislada o algunas veces más o menos relacionada, han alimentado, a lo largo de los años sesenta y setenta, el cuestionamiento de una arquitectura moderna y de un urbanismo funcionalista, muy alejados de los *avant-gardes* de principios de siglo. Más precisamente, fue entonces cuando se desarrolló el proyecto urbano como una alternativa a un urbanismo funcionalista, donde los militantes de izquierda percibían una herramienta al servicio del capital.<sup>17</sup> La mayor parte de los primeros proyectos urbanos se ocupaban, además, como ya observé, ya fuera de los barrios antiguos amenazados por la destrucción, ya de los grandes conjuntos de habitaciones sociales en crisis; en ambos casos se trataba de afirmar el “derecho a la ciudad” de las familias no favorecidas. Fue en el curso de operaciones de este tipo cuando aparecieron conceptos soslayados hasta ese momento, como el de identidad cultural o de la imagen de la ciudad y sus espacios públicos. ¿Cómo dar una personalidad a un lugar para que no se disuelva en un anonimato banal? ¿Cómo permitir que un ciudadano se identifique con este lugar porque lo aprecia, se lo apropia y lo respeta? ¿Cómo permitir a los habitantes, a los usuarios, que se consideren a sí mismos como ciudadanos responsables?

Se sabe que esta evolución fue la que llevó a Roland Castro a proponer una “teoría de los lugares mágicos”, según la cual cada lugar debería convertirse —como en la utopía de Ildefonso Cerdá para el Ensanche de Barcelona—, simultáneamente, en parte integrante de la ciudad y parte de la centralidad urbana. Para decirlo de otra forma, cada parte de la ciudad, incluyendo la periferia, debería disponer de su propio centro o por lo menos de características originales, en las cuales los habitantes pudieran reconocerse y con las cuales pudieran identificarse. Igual cantidad de temas generales interesaban de hecho a amplias capas de la población, lo cual explica porque el programa “Banlieues 89” preocupe a una cantidad tan grande de comunidades desahogadas. Pero entonces se trataba —con la aportación de elementos de identificación en ocasiones ausentes, a una yuxtaposición repetitiva de lotes, aunque fueran de lujo—, de preservar también la calidad segregativa de un medio ambiente y de un paisaje.

De hecho, en el momento mismo en el que se pusieron en marcha cientos de proyectos urbanos, la evolución de las condiciones políticas, económicas y sociales habría de modificar profundamente esta concepción. En Francia, las elecciones municipales de 1983 —en el curso de las cuales los partidos de izquierda perdieron el control de una gran cantidad de ciudades, entre las que estaban Saint-Etienne y sobre todo Grenoble, símbolo de este nuevo “urbanismo democrático”—, parecieron señalar un cambio. Al principio, porque, con motivo de la campaña electoral que los había precedido, los temas de la política urbana

16. Ajuntament de Barcelona, *Urbanisme a Barcelona. Plans cap. al 92*, Area d'Urbanisme i Obres Públiques, Barcelona, 1987, etcétera.

17. Durante las elecciones municipales francesas de 1977 uno de los

lemas de la campaña de los candidatos de izquierda fue: “Cuando la banca hace en el urbanismo, hace el urbanismo”.

habían cedido el lugar a los del desempleo, la inseguridad y del racismo. Luego, porque el movimiento urbano-popular, nunca antes tan activo, parecía haber perdido su dinamismo y su poder de movilización. Cuatro factores, por lo menos, parecen haber contribuido además a una crisis económica que marginó socialmente una parte cada vez más importante de la población: la absorción de sus principales militantes dentro de los partidos políticos; la ruptura de la Unión de la Izquierda entre comunistas y socialistas, que transformó a los camaradas de ayer en adversarios políticos; el papel ambiguo de los trabajadores sociales reclutados en grandes cantidades y que tendían a comportarse como voceros de los habitantes; finalmente, la afirmación del poder de los alcaldes en un contexto marcado tanto por una descentralización administrativa como por una competencia entre las ciudades.

En esta nueva competencia, exacerbada por los medios de comunicación, que proponen regularmente desfiles de popularidad entre las ciudades, cada alcalde se esfuerza por hacer reconocer sus cualidades, de poner en funcionamiento una estrategia más o menos sistemática en torno a la imagen. Esto explica el crecimiento de los servicios municipales de comunicación y el desarrollo del *marketing* urbano, donde los especialistas deberían de ser muy rápidos para ponerse al lado de los ingenieros y de los arquitectos. Así, mientras que los años sesenta vieron triunfar el urbanismo funcionalista y una caricatura de la arquitectura moderna, antes del desarrollo de los movimientos urbano-populares y la llegada de la crisis econó-

mica, un decenio de transición había bastado para que se otorgara prioridad a la revalorización, simultáneamente, del gesto arquitectónico y de la ciudad en su conjunto y ya no a la de un barrio.

Todo ocurrió como si estas nociones ambiguas de imagen e identidad cultural debieran servir también, en una sociedad desestructurada por la crisis, para construir un nuevo consenso. Se trataba de congregar a las personas alrededor de una ciudad como alrededor de un equipo de algún deporte, a veces los dos al mismo tiempo, creando ciudadanos-porristas. A partir de entonces adquieren sentido los discursos sobre la "personalidad reencontrada" o la tecnópolis, "la ciudad olímpica" o el patrimonio, etcétera, como si continuara siendo necesario reaccionar en contra de un cuarto de siglo de urbanismo anónimo y banalizador. Fue así como en Montpellier, que se considera a sí misma como "la superdotada", la publicidad de la Európolis<sup>18</sup> acompañó a la promoción de la arquitectura post-moderna de Ricardo Bofill. En la ciudad rival de Nîmes, donde pueden admirarse espléndidos monumentos galo-romanos, intervinieron, en cambio, arquitectos modernos como Norman Foster o Jean Nouvel, y el diseñador Philippe Stark fue durante varios años uno de los asesores escuchados por el alcalde. Poco importa, en definitiva, que uno de los alcaldes haya sido socialista y el otro conservador, o que las opciones de los arquitectos hayan sido distintas; lo que cuenta es que los responsables políticos llamaron a arquitectos de renombre internacional para integrarlos a su estrategia de imagen y asegurar el éxito de los proyectos que se habían planeado para

18. Alrededor de cuarenta ciudades francesas desarrollaron tecnópolis (parques tecnológicos) y al menos cinco, entre éstas, se presentaron como tecnópolis (ciudades de la tecnología), los habitantes de

Montpellier inventaron el término Európolis para su ciudad, un juego de palabras que designa tanto una ciudad de la inteligencia (Eureka) como de Europa.

su ciudad. En el caso de Saint-Etienne, donde, después del fracaso electoral de la izquierda en 1983, se había abandonado la práctica del proyecto urbano, fue igualmente a Ricardo Bofill a quien se solicitó en 1992 concebir un "proyecto urbano" (*sic*).

El proyecto urbano fue un proyecto global para afirmar la identidad urbana a través de una renovación de la imagen del centro de la ciudad.<sup>19</sup> La ciudad, "enmarcada por sus siete colinas", sólo conservó, a lo largo de su eje central, de Bellevue ("la puerta sur") a La Terrasse ("la puerta norte"), otras dos puertas que limitaban el ancho al este (al nivel de la plaza Fourneyron) y al oeste (en el lugar de Couriot). Los barrios en su diversidad<sup>20</sup> están, en cambio, totalmente ausentes de esta reflexión que considera que el centro es el único participante de la imagen de la ciudad, y debe recibir una atención prioritaria. Todas las intervenciones preconizadas contemplan, además, el mejoramiento de la estética y el funcionamiento al igual que la delimitación de las fronteras por medio de puertas.

En contraste, el problema del deterioro económico del centro, después de la mudanza reciente de un número grande de suministros terciarios de alto nivel (Cámara de Comercio y de la Industria, Cámara de los Oficios, Agencia de urbanismo EPURES, sitio social de la Caja de Ahorro después de la del Crédito Agrícola, diversas direcciones a nivel de departamento, Museo de Arte Moderno, etcétera) ni siquiera se ha contemplado. El silencio es por fuerza casi total sobre este importante problema que plantea la marginalización creciente de los conjuntos habitacionales sociales periféricos.

El público tuvo conocimiento de este proyecto, al igual que el consejo municipal, durante las dos exposiciones de las maquetas preparadas por el Taller de Arquitectura en 1993, después, de nuevo en 1994, como prelude a la campaña de las elecciones municipales. No es menos significativo que un cuestionario llenado cuando se llevó a cabo esta presentación, que fue la mayor reivindicación formulada por los visitantes, haya afectado la ordenación de los barrios.

En Barcelona, asimismo, el tiempo de los proyectos urbanos a la escala del espacio vivido por los habitantes sólo duró algunos años, sin que fuera necesario cambiar la mayoría municipal para ponerle fin. De 1979 a nuestros días la Municipalidad ha estado presidida por un alcalde socialista pero, desde mediados de los ochenta, se advirtió que, si los proyectos urbanos permitían establecer buenas relaciones con las asociaciones de colonos y mejorar el cuadro de vida de los barrios, no se permitiría a la ciudad afirmar su ambición de ser una *world city*.

Para ello, se renovó el equipo de los *Serveis de Planejament de l'Ajuntament de Barcelone* y su nuevo director, el urbanista Joan Busquets, adoptó un ambicioso proyecto que creaba diez nuevas áreas centrales.<sup>21</sup> Dado que Barcelona se había escapado a la moda de los centros direccionales desarrollados en Europa bajo el modelo estadounidense del *central business district* (CDB), la mayor parte de los suministros terciarios superiores se instalaron sobre un eje que partía del *Barri Gòtic* (centro histórico) para prolongarse hacia el norte, a través del *Passeig de Gràcia*, y en sentido obli-

19. Ricardo Bofill, Taller de Arquitectura, *Saint-Etienne, Horizon 2020*, Alcaldía de Saint-Etienne, Saint-Etienne, Promotion 1993.

20. La actual comunidad de Saint-Etienne proviene de la absorción desde 1855 de siete comunidades distintas. Montaud, Valbenoite,

Outre-Furan, Beaubrun, Terrenoire, Rochetaillé y Saint-Victor sur Loire.  
21. Ajuntament de Barcelona. *Àrees de nova centralitat*, Àrea d'Urbanisme i Obres Públiques, Barcelona, 1987.

cuo hacia el oeste, a lo largo de la Diagonal.<sup>22</sup> Para recibir algunos de estos suministros que carecían de ubicación, y sobre todo para los nuevos que debería producir una metrópolis en plena expansión, se propusieron estas áreas repartidas en el conjunto del espacio urbano, al menos las que engloban los límites de la comunidad;<sup>23</sup> después de las disensiones políticas la comunidad urbana no pudo seguir funcionando y fue disuelta.

En la perspectiva de los Juegos Olímpicos de 1992, se obtuvieron ventajas de las importantes inversiones que ello implicaba para renovar completamente la vialidad (*Pla de vies*), retomar y completar los áreas olímpicas (*Planejament de les Arees Olímpiques*). Entre éstas, me parece que la más sintomática fue la Vila Olímpica. Como operación de renovación urbana, prolonga y abre, más allá del parque de la Ciudadela, el tramo de *El Eixample* (más conocido por su nombre español de El Ensanche), sobre la playa y el mar. En este sentido contribuyó más que cualquier otra circunstancia a renovar el urbanismo de Barcelona y a conformar una imagen de gran ciudad internacional. El hecho de que para ello haya sido necesario arrasar un barrio mixto de almacenes, talleres y habitaciones populares, que no se tenía la intención de reinstalar en el mismo sitio, fue considerado, en definitiva, como el precio que habría que pagar para entrar al siglo XXI. Esto no se llevó a cabo, sin embargo, sin reticencias, e incluso hubo oposición, sobre todo de parte de un movimiento de asociaciones, apoyado por el gran escritor catalán Ma-

nuel Vázquez Montalbán.<sup>24</sup> Al mismo tiempo que comenzaban estas grandes obras, los habitantes del barrio El Raval, al oeste de las Ramblas, habrían de negociar con las prostitutas y los traficantes de drogas un *modus vivendi* para poder seguir residiendo en ese barrio, degradado y difícil. La construcción, al lado de la bella *Casa de Caritat* donde reside el *Centre de Cultura Contemporània*, del *Museu d'Art Contemporani* mostró fielmente que los poderes públicos no se desinteresaban del devenir de este barrio, entonces, ¿por qué demonios fue necesario que el espléndido edificio moderno de Richard Meier haya quedado separado de los viejos inmuebles de viviendas populares del barrio por un alto muro? Mientras que obras más desmesuradas y originales como la Sagrada Familia en otro barrio de Barcelona o el Centro Pompidou en París, lograron su inserción en una trama urbana antigua, debemos constatar que, al menos por el momento, el *Museu d'Art Contemporani* ha fracasado. Más aún, debido a las fallas de los responsables políticos y los funcionarios de los *Serveis de Planejament* y las del propio Richard Meier, en la medida en que la misión de este último se limitó a la concepción y construcción del *Museu*.

En México la situación era todavía más compleja porque, si la Secretaría de Desarrollo Urbano se embarcó, como vimos, en un urbanismo participativo menos constreñido por una planificación —que la crisis económica volvía, de cualquier modo, más inoperante que nunca—, no sucedió lo mismo en las comunidades periféricas. Es verdad que

22. Jacques Bonnet, François Tomas, "Centre et périphérie: éléments d'une problématique urbaine", en *Revue de Géog. de Lyon*, 1989, núm. 1, pp. 1-12.

23. La comunidad de Barcelona no representa sino un poco más de una quinta parte de la aglomeración (100 km<sup>2</sup> sobre 478).

24. En sus artículos publicados en *El País*. Se le debe, asimismo, una sugerente presentación de esta ciudad, que tan frecuentemente ha servido de cuadro y como material para sus novelas, en *Barcelonas. Empúries*, Barcelona, 1987.

en las que resultaban menos atractivas para las clases acomodadas, operaba un proceso particular de producción del habitat popular, que incluía a los grupos de invasores con sus caciques, a propietarios más o menos permisivos —sobre todo cuando se trataba de ejidatarios<sup>25</sup>—, políticos locales y funcionarios de diversas administraciones, incluyendo los de la CORETT,<sup>26</sup> encargados de regularizar la ocupación y la urbanización ilegal.<sup>27</sup> Pero cuando la codicia en torno a un terreno subía su valor, no sé de un solo caso en el que el poder político se haya opuesto a un cambio en el uso de suelo, ya sea en la periferia, como en Ixtapaluca —con el campo de golf—, o en el Distrito Federal. En este último caso, la administración del regente preservó su proyecto de “refuncionalización”<sup>28</sup> del centro histórico, con una institución creada poco después del sismo de 1985 por el presidente de la República, Renovación Habitacional Popular, que construyó y rehabilitó ahí vecindades para familias pobres.

Con la llegada a la presidencia de la República de Carlos Salinas de Gortari, el secretario de Desarrollo Urbano y Ecología se volvió regente de México y, si Alejandra Moreno Toscano se unió a su equipo, no fue para encargarse de la ordenación urbana, sino de los asuntos sociales. De todos modos, después de haber disuelto Renovación Habitacional Popular y negarse a prolongar la experiencia

bajo otra forma, el gobierno dejó clara una posición que no admitía un urbanismo participativo sino dentro de circunstancias bien constreñidas.

En la escala global de la ciudad, la palabra clave fue modernización, considerando el conjunto de los servicios (suministro de agua, saneamiento, vialidad y transportes, mercados de abasto y distribución) como un sistema que había que optimizar a su precio real, donde el equilibrio ecológico se planteaba como un ideal. Las grandes obras, el drenaje profundo, la reconquista de los canales de Xochimilco, las vías periféricas y los ejes viales, el metro, emanan del poder central, que asegura un mínimo de coordinación entre el Departamento del Distrito Federal y los Estados de México, de Morelos e Hidalgo, puesto que no existe una estructura operativa a la escala de la aglomeración. En cuanto a las funciones urbanas, después de una veleidad de descentralización de los grandes suministros terciarios superiores, el poder central renunció a ella para dirigir sus esfuerzos hacia la desindustrialización.<sup>29</sup> Las asociaciones ecológicas, animadas esencialmente por intelectuales, se sorprendieron al ver que los poderes públicos a los que pensaban enfrentarse, multiplicaban los controles de contaminación y clausuraban numerosos establecimientos industriales, empezando por la refinera de petróleo de Azcapotzalco.

25. (N. de la T. en español en el original). El ejido abarca tanto la comunidad agraria como las tierras que explota. Las tierras pueden ser trabajadas colectivamente, pero el uso más común ha sido la explotación privada. El ejidatario es, por tanto, una especie de usufructuador.

26. Comisión para la Regularización de la Tenencia de la Tierra. Bajo la tutela de la Secretaría de Agricultura, se ocupa de la regularización de las tierras ejidales ocupadas ilegalmente, frecuentemente parte de un habitat popular. En lo que concierne a la regularización de los terrenos privados, depende de otros organismos, creados en cada estado, incluyendo el Distrito Federal.

27. François Tomas, “L’habitat populaire irrégulier dans les périphéries urbaines”, en *La ville et l’Amérique Latine, Problèmes d’Amérique Latine*, núm. 14, 1994, pp. 249-268. Antonio Azuela, François Tomas (coord.), *El acceso de los pobres al suelo urbano en América Latina*, CEMCA/UNAM, México, 1996.

28. El término abarca un proyecto de transformación del centro histórico, que otorga prioridad a las actividades terciarias, en particular turísticas, en detrimento de la función residencial para familias pobres.

29. Entre 1980 y 1994 el número de empleos industriales de la Zona Metropolitana de la ciudad de México (en los límites de 1980 la ZMCM

En lo que respecta a los espacios urbanos, el salinismo se caracterizó por una adaptación a la dualidad de su ocupación, lo que se justificó por una voluntad de realismo, mientras que sus opositores le reprochaban el cinismo.<sup>30</sup> La ciudad moderna, fundamentalmente el Distrito Federal y sus primeros márgenes al noroeste es, a partir de entonces, jurisdicción, no de la Secretaría de Desarrollo Urbano, sino de la presidencia de la República y de los servicios del regente o del gobernador del Estado de México. Una recién creada Asamblea de Representantes del Distrito Federal (ARDF), en la que la oposición quisiera ver las primicias de una verdadera municipalidad electa, ciertamente ha obtenido el derecho de opinar, pero el papel activo recayó, sobre todo en el curso de los años pasados, en el director de Reordenación Urbana del Departamento del Distrito Federal, Jorge Gamboa de Buen.

Este funcionario parece haberse preocupado al inicio por reactivar el proceso de "refuncionalización" del centro histórico, rehabilitando, para un uso terciario, a los palacios degradados y reagrupar bajo mercados cubiertos a los ambulantes<sup>31</sup> que ocupaban las calles. En una prolongación de esta "limpieza", alcanzada en 1994, el gran proyecto de México a fines del sexenio de Carlos Salinas de Gortari, quedó constituido por la afirmación del eje terciario occidental hasta Santa Fe, que com-

pleta el "corredor urbano" de Insurgentes hacia el sur, hasta el pie del Ajusco, que atrajo a partir de los años sesenta a la mayor parte de los inmuebles de oficinas. Este nuevo corredor,<sup>32</sup> muy atractivo para el comercio de lujo de Polanco, debe completarse con tres proyectos: la reestructuración de los islotes arrasados por el sismo de 1985 al sur de La Alameda, la instalación en los terrenos arenosos de Santa Fe de un enorme complejo de comercios integrados y de oficinas junto a la Universidad Iberoamericana (jesuita) y, entre ambos, sobre el Paseo de la Reforma, a la altura de Chapultepec, una torre de oficinas de 150 metros, que constituirá una nueva señal dentro de la ciudad. Como participantes en esta realización —ya muy avanzada en Santa Fe, mientras que La Alameda todavía está en la etapa de demoliciones—, además del Departamento del Distrito Federal, hay promotores mexicanos e internacionales que han llamado a los grandes nombres de la arquitectura mexicana, estadounidense,<sup>33</sup> europea y japonesa.

En cuanto a la ciudad informal e irregular, donde se encuentra la mayor parte de aquellos que la economía moderna no necesita,<sup>34</sup> sobre todo después de haberse embarcado en un proceso de desindustrialización de la capital, seguirá desarrollando sus propias fuerzas, pero bajo la tutela de una Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología, que sintomáticamente se ha transformado en Se-

comprendía el Distrito Federal y 17 comunidades suburbanas) habría pasado de 949 000 a 578 000, es decir, el 39 %. La cifra de 1980 es la de los empleados formales dada por el censo. Después disponemos, siempre teniendo en cuenta los empleos formales, de cifras proporcionadas por los censos económicos: 838 000 en 1985, 727 000 en 1988 y 578 000 en 1994.

30. Cristina Laurell, "PRONASOL o la pobreza de los programas contra la pobreza", en *Nueva Sociedad*, Buenos Aires, núm. 131, 1994, pp. 156-170.

31. Entre 10 y 12 000 vendedores ambulantes han sido organizados y agrupados por caciques; ocupan las calles del centro histórico.

32. N. de la T. en español en el original.

33. La sociedad de capitales canadienses y estadounidenses, Reichmann International, quien dirige el grupo de los financieros interesados en estas operaciones, acaba de informar que, después de la crisis financiera de diciembre de 1994, difería su compromiso (*El Financiero* del 6 de abril de 1995).

34. Los empleos formales, es decir, declarados por un patrón, habrían

cretaría de Desarrollo Social o SEDESOL. Esta institución, en particular, es la encargada de asegurar la coordinación entre el Programa Nacional de Solidaridad (PRONASOL) y la regularización del habitat informal. Es así como CORETT ha podido poner en operación, a partir de entonces y en asociación con el PRONASOL, a los Comités locales de Solidaridad, que funcionan como nuevos actores del ordenamiento urbano: para la creación o el mejoramiento de las instalaciones escolares, deportivas, de recreo o de salud, para la construcción de banquetas, ocuparse de la electrificación y el ordenamiento de los espacios públicos, plazas, jardines, etcétera. Así, los trabajadores informales, que están lejos de ser los pobres,<sup>35</sup> y que se entremezclan con obreros y empleados, han sido invitados a producir por sí mismos, junto con el apoyo material del PRONASOL —CORETT se encarga de la regularización jurídica y urbanística— un habitat que un día pueda convertirse en un barrio. El ejemplo de México arroja luz, en definitiva, sobre la institucionalización de una ordenación de la ciudad en dos velocidades.

## Conclusión

En una cierta escala y para la ciudad integrada en el mundo moderno, la de la mundialización de los intercambios y de un neoliberalismo floreciente, la planificación ha vuelto, sin excluir, sin embargo, sino más bien al contrario, los “gestos” de algunas gran-

des agencias de arquitectura. Después de un periodo de reflujo que vio cómo se guardaron en el desván los Esquemas Directores de Ordenación y de Urbanismo (SDAU), cuando se supone que habrían debido definir la forma de las ciudades francesas hasta el año 2000, a principios de los años ochenta se dio en Francia el reinicio de la elaboración de los Esquemas Directores. En cuanto a Barcelona, ahí se sigue planificando, como en los tiempos del urbanismo funcionalista, y el propio Joan Busquets ha debido ceder su lugar a un gestor que debe su fama, desde entonces, sólo al puesto que ocupa. El hecho de que, en su libro sobre Barcelona,<sup>36</sup> Georges Henry califique de proyecto urbano tanto la ordenación de un espacio público en un barrio como la planificación de la ciudad olímpica, revela la fuerza que la moda puede dar a una terminología. Lo mismo sucede en Saint-Etienne, donde se pudo aplicar en 1981 el mismo término de proyecto urbano a la reestructuración de una parte de la ZUP de Montreynaud (barrio Saint-Saëns), como en 1992, a la propuesta de Ricardo Bofill para reforzar la identidad de la ciudad.

La terminología se convierte en una fuente de confusión. Primero, porque la diferencia no es sino de escala entre los proyectos urbanos —tal y como fueron desarrollados a partir de fines de los años setenta—, y los proyectos de ciudad que, después de una docena de años, han reactivado una planificación que parecía haberse oscurecido con la crisis económica y social. Como lo proclamó enérgica-

pasado en la zona metropolitana (ZMCM) de 70.1% en 1980 a 47.5% en 1988, y este porcentaje debe haber descendido aún más hoy en día.

35. Para el Banco Mundial, el umbral de pobreza se alcanza cuando los ingresos de una persona son inferiores a 60 dólares al mes. Incluso en los lotes irregulares más recientes, en Chalco, al sureste de México, sólo una minoría se encuentra en ese caso. Daniel Hiernaux y Alicia

Lindon, “Producción del espacio y regularización de la tenencia de la tierra en el valle de Chalco”, en Antonio Azuela y François Tomas, coords., *El acceso de los pobres al suelo urbano*, CEMCA/UNAM, México, 1996.

36. G. Henry, *Barcelone, ville et architecture*, G. Gili, ed., Barcelona, 1991.

mente Oriol Bohigas, después de otros, el proyecto urbano es inherente a una concepción de la ciudad por fragmentos y no puede, así, conciliarse con una concepción globalizante y uniformadora. Abarcar con el mismo término conceptos tan distintos es, entonces, asumir el riesgo o tener la intención de ocultar la naturaleza de ciertos proyectos de ciudad y evitar tener que perseguir un urbanismo participativo en los barrios.

Es cierto que, si la práctica del proyecto urbano se volvió prioritaria a finales de los años setenta, para corregir los excesos del urbanismo funcionalista, hubiera podido, igualmente, obtener ventaja del desorden provocado por la crisis económica, que desvalorizó todos los modelos anteriores de planificación espacial. Esto no significa que esta última no haya sido necesaria, ya sea a nivel del país, de la región o de la aglomeración. Hubiera sido necesario, además, no reproducir, después de un breve eclipse, un urbanismo de planificación que, para protegerse detrás del calificativo de proyecto urbano, es con frecuencia equivalente al anterior.

En un sistema neoliberal, marcado por la competencia entre las ciudades, con una sociedad que

dualiza las mutaciones político-económicas recientes, el proyecto urbano se dirige a menudo hacia una especie de proyecto de ciudad, para afirmar una imagen y asegurar, a través de ella, un porvenir económico y social. El problema se plantea en dos escalas: en la de un territorio para las ciudades desfavorecidas y en la de una ciudad para los barrios marginales. En este segundo caso, se sabe bien que no es mediante una ordenación, aun cuando sea concertada, como pueden resolverse los efectos de una crisis social prolongada. Pero si no se desea que la ciudad quede resumida en un cliché, positivo o negativo, que oculte la diversidad urbana, hay que perseguir el lento y paciente trabajo de rehabilitación de los barrios degradados o la simple renovación de los antiguos barrios, planteada dentro de los proyectos urbanos; al menos mientras este trabajo pueda armonizarse con un proyecto de ciudad, en la medida en que éste lo tome en cuenta. La investigación de esta coherencia, creo, entre el proyecto de la ciudad y los proyectos urbanos, es lo que constituye uno de los retos esenciales de la ciudad en este fin de milenio.